

FRÉDÉRIC LORDON, *EL PORQUÉ DE LAS CRISIS FINANCIERAS Y CÓMO EVITARLAS*,
CIP-Ecosocial y Los Libros de la Catarata, Madrid, 2009, (191 páginas)

José Miguel Rodríguez

Universidad de Valladolid

Durante los últimos meses, se ha multiplicado la publicación de obras dedicadas al análisis de la actual crisis económica y financiera, a la vez que algunos autores se han atrevido a sugerir diversas medidas que deberían adoptarse para impedir su repetición en el futuro. Frédéric Lordon emprendió el mismo camino en el otoño de 2008 y el resultado es el libro que ahora se ha publicado en castellano, en una pulida y elegante traducción del francés realizada por Francisco Javier Gutiérrez y Luis Fernando Lobejón.

Cuanto hayan tenido la oportunidad de leer otros textos previos de Lordon tienen de antemano una garantía: pocos autores hoy en el campo de la economía son capaces de aunar tan acertadamente como él la calidad literaria, el rigor en el análisis, la ironía perspicaz y la claridad expositiva. Seguramente, la peculiar trayectoria vital de este economista francés puede haber contribuido a ello. Dedicado ahora por completo a la investigación, su inicial formación en ingeniería y gestión de empresas pronto se reorientó hacia el examen formal de la dinámica económica en su tesis doctoral. Más tarde, abordó el estudio de la política económica desde un enfoque innovador y posteriormente aportó sugerentes análisis en torno a las finanzas, tanto en el marco internacional como en cuanto a su influencia en el modelo de empresa basado en el *mantra* del "valor accionario". Todo ello le ha llevado también a introducirse en el ámbito de la ética, la antropología y la epistemología económica. Unos sólidos antecedentes que se reflejan a lo largo del presente libro, señalando a la vez la buena salud de esa corriente socioeconómica francesa que algunos quisieran enterrar.

La obra aquí comentada se estructura en una introducción, cinco capítulos y un epílogo, en el cual aparece una síntesis final del modelo de fondo subyacente en el sistema hoy en crisis: un pretendido "nuevo capitalismo", que en realidad sólo tiene la novedad--¡claro que muy llamativa!--de que es un capitalismo sin capital, es decir, fundamentado en la deuda, por decirlo con el título del último libro de Dimitris N. Chorafas (Chorafas 2009).

En los varios capítulos que Lordon dedica al estudio en sí de la crisis desde una perspectiva financiera, se evidencia el núcleo del debate en las muy actuales y omnipresentes "finanzas de mercado": el paradigma de unos mercados financieros pretendidamente eficientes frente al paradigma de sus imperfecciones. En un lado de la controversia se sitúan quienes sostienen con ardor la hipótesis teórica de la racionalidad

plena de los actores económicos, los cuales adoptarán decisiones óptimas simplemente por el hecho de contar con información. En el lado contrario aparecen cuantos se interesan por la "exhuberancia irracional" y las denominadas "finanzas del comportamiento", poniendo en duda la captación completa e interpretación objetiva de las informaciones, en línea con la referencia práctica que ya hacía John M. Keynes a las convenciones y a la "psicología de los mercados" —reparar el capítulo 12 de su *Teoría general*, sigue siendo un buen ejercicio intelectual en los tiempos que corren.

A partir de este segundo enfoque, Lordon presenta tres tesis difícilmente refutables: a) las explosivas consecuencias de la codicia humana unida a la dinámica de una competencia viciada por incentivos profesionales perversos; b) la quimera de unas finanzas sin riesgo, un reino de Jauja donde la innovación financiera actúa con mayores efectos taumatúrgicos que la pócima de Panoramix; y c) las insuperables dificultades para medir *ex ante* y correctamente el riesgo, algo subrayado desde tiempo atrás por diversos economistas y que hacía vislumbrar el talón de Aquiles de los mecanismos de control bancario prudencial articulados en el Acuerdo de Basilea II (véase Rodríguez Fernández 2001).

Dentro de este marco, Lordon obliga a desfilas por las páginas de su obra a reguladores que no creen en la regulación; académicos intelectuales orgánicos de las finanzas y proveedores de soporte científico para mundos inexistentes; agencias de calificación sin cualificación para analizar los productos financieros estructurados; banqueros impulsados por la presión accionarial en pro de altas rentabilidades sobre los recursos propios invertidos; o profesionales con un recurrente llamamiento retórico a la virtud mientras están instalados en el individualismo radical y aplican el principio del "toma el dinero y corre"—todos ellos ahora se dedican oficialmente a realizar ejercicios espirituales, hasta que con toda seguridad intenten escaparse de nuevo al casino cualquier noche—. En algunos capítulos el autor efectúa una exposición más técnica, al introducirse por ejemplo en el negocio de la titulización; pero siempre mantiene su buen y pedagógico saber hacer, de forma tal que puede ser bien comprendido por un lector ajeno al mundo de la banca y las finanzas de mercado. Tan sólo el recuadro 2 de la pág. 67 tiene una pequeña errata, al olvidar el término LIBOR en sus primeras líneas, pero se resuelve durante la lectura del texto principal.

Avanzando en el análisis, el autor llega a la descripción y, sobre todo, interpretación de las medidas adoptadas por los diversos Estados para afrontar la crisis en su vertiente financiera y efectuar el rescate de las entidades bancarias. Estamos ante unos Estados rehenes de instituciones financieras "demasiado grandes para quebrar". Y unos bancos centrales pasmados ante un riesgo sistémico que había ido creciendo sin control tras su "seguidismo" en los años pasados, cuando alimentaron la circulación monetaria, facilitaron la construcción de lo que Morin (2006) ha calificado como el "nuevo muro del dinero" y permitieron que una economía basada en el endeudamiento aportase los recursos necesarios para sostener la demanda global, en peligro por la limitación del crecimiento de los salarios.

El capítulo previo al epílogo porta como rótulo un significativo "cambiar todo". Incluye seis principios y nueve propuestas para poner coto a las crisis financieras. Como era de

esperar, aquí es donde el lector con más facilidad puede distanciarse de lo sugerido por Lordon. Desde mi punto de vista, cabe compartir la mayoría de los pilares o principios sobre los cuales construye el elenco posterior de posibles medidas a adoptar. Es el caso de considerar a las finanzas como siervas; comprender que lograr un completo control del riesgo es una utopía; entender que es preciso impedir la formación de burbujas financieras, dado que después ya es demasiado tarde; resaltar la desregulación competitiva y el "mínimo común denominador" que, en términos de regulación, son el resultado obvio de las políticas adoptadas en los últimos años por los supervisores financieros; o insistir en la necesidad de "situar en su sitio" al sector financiero y sus reacciones. Sin embargo, tengo más dudas acerca de la consideración de Europa como zona autosuficiente de actividad financiera.

Justamente por esto último, algunas de las propuestas finales concretas que efectúa Lordon pueden dar la sensación de un cierto voluntarismo o ser inconsistentes en su aplicación dentro de la práctica efectiva de unas finanzas de mercado mundializadas. Es verdad que puede admitirse con facilidad la lógica general de sus sugerencias para desincentivar la asunción de riesgos—lo que implica reformar las políticas de remuneración de los profesionales financieros—; frenar la innovación financiera y sus artificios; reducir el volumen de deuda inyectado en los balances de las entidades financieras o circulando por los mercados de derivados ("desapalancar"); y extender el perímetro de instituciones sujetas a regulación *hard*, poniendo fin a tanta autorregulación o regulación *soft*. No obstante, en varias de esas medidas propone tanto su aplicación de modo drástico como su introducción de una forma más suave, si no se entendiera factible lo primero—algo que resulta muy probable—. Pues bien, tal vez la versión moderada de dichas medidas tenga la misma consecuencia que las dosis insuficientes de antibióticos: falta de efectividad y generación de cepas de bacterias resistentes, por cuanto entonces sería fácil aprovechar los agujeros del sistema de regulación. Al fin y al cabo, el mundo de las finanzas viene demostrando una gran perspicacia para aprovechar lo que eufemísticamente denomina "arbitraje regulatorio".

Nos encontramos así con una paradoja nada fácil de resolver, pues al optar por lo único factible puede desembocarse en una escasa eficacia. A esto cabe añadir la dificultad política para poner en práctica las sugerencias del autor orientadas a la nacionalización "europea" de las empresas de bolsa del viejo continente y el rediseño de la política monetaria y el estatuto de funcionamiento del Banco Central Europeo. Pese a todo ello, las propuestas de Lordon son un buen punto de partida para un debate ciudadano a fondo, con el fin de remover lo que, en palabras de Oskar Lafontaine, ha venido siendo la "dictadura del monetariado". Máxime a la vista de que la mayor parte de quienes han estado al frente de semejante régimen político parece que se están apresurando a regresar de sus cuarteles de invierno. Pretenden ocupar de nuevo la plaza pública, plenamente convencidos de sus buenos argumentos económicos. Y hasta de sus mejores razones morales...

BIBLIOGRAFÍA

Chorafas, D.N. (2009): *Capitalism without capital*, Basingstoke: Palgrave Macmillan.

Morin, F. (2006): *Le nouveau mur de l'argent*, Paris: Seuil.

Rodríguez Fernández, J.M. (2001): "Regulación bancaria y nuevo acuerdo de capital de Basilea", *Ekonomiaz* nº 48, pp. 192-227.